

# Presentación

Uno de los cambios sociales y demográficos más relevantes del periodo previo a la crisis fue la incorporación a la sociedad española de un gran volumen de población inmigrante. El inicio de la recesión trajo consigo una ruptura en las dinámicas sociales y demográficas en las que estaba inserta esta población. El nuevo escenario migratorio resultante de la crisis aflora nuevas cuestiones merecedoras de investigación social y aconseja cambiar la perspectiva analítica sobre migraciones. Este número de PANORAMA SOCIAL, coordinado por **María Miyar-Busto**, se propone abordar, desde los enfoques pertinentes al nuevo contexto, el análisis de cuestiones de especial interés para la nueva fase del ciclo migratorio.

La configuración de esta nueva fase del ciclo migratorio viene dada por tres procesos fundamentales que la diferencian del periodo previo. En primer lugar, la crisis ha cambiado el contexto laboral, social y legislativo en el que se integran los inmigrantes. En segundo lugar, la población residente en España ya no está compuesta mayoritariamente de recién llegados, sino que buena parte de los inmigrantes cuentan con una relativa antigüedad de la residencia. Por último, los inmigrantes han sido agentes activos tanto en su integración social como en su respuesta a la crisis, para lo que han puesto en marcha estrategias en diferentes ámbitos y con distintos resultados.

Las consecuencias más visibles del fin de la expansión económica para la población de origen inmigrante tuvieron lugar en el ámbito laboral, demográfico y de política migratoria, pero incidieron en todas las esferas de su integración

social. El colapso que sufrió el mercado laboral dañó especialmente a la población extranjera, de modo tal que en 2013 el 40 por ciento de los extranjeros activos estaban desempleados, frente a un 25 por ciento de los nacionales. La escasez de oportunidades laborales afectó sobre todo a los sectores en los que estaban empleados los hombres inmigrantes, como la construcción, mientras que en los nichos en los que se ocuparon las mujeres de origen extranjero el empleo se mantuvo relativamente estable. Por otra parte, la recesión implicó un descenso en las llegadas de inmigrantes, un aumento de las salidas, y una estabilización del volumen de población de origen extranjero, así como cambios en su proceso de reubicación en el territorio nacional. Al mismo tiempo que empeoraban las perspectivas laborales, se produjo una ralentización del ritmo de formación familiar, visible en la disminución de las tasas de nupcialidad y fecundidad. Asimismo, desde las administraciones públicas se incrementaron algunas barreras de entrada y se establecieron ciertos límites al acceso a los recursos públicos.

Es esta nueva etapa, además, un periodo de madurez de la población inmigrante en España. Una vez finalizado el periodo de expansión de las llegadas iniciado en el año 2000, en el que llegaron a sumarse a la sociedad española cifras anuales superiores a las 800.000 personas inmigrantes, la antigüedad media de los inmigrantes residentes en España era de 13 años en 2016, según datos de la EPA del tercer trimestre. Por lo tanto, los inmigrantes han tenido la oportunidad de mejorar sus resultados de integración laboral, asentarse en el territorio, emprender

proyectos familiares e interactuar con la población de acogida. Esta, a su vez, ha compartido espacios con la población inmigrante, de modo que ha acumulado experiencias de conocimiento mutuo, empatía y, también, competencia, mientras ha podido formarse una opinión sobre los resultados de las políticas migratorias.

Además, ha de tenerse en cuenta que la configuración del nuevo escenario de la migración en España no depende únicamente de condicionantes estructurales. Los propios inmigrantes han contribuido a la definición de esta nueva fase a través de la puesta en marcha de estrategias de integración y de respuesta a la crisis en distintos ámbitos. Estas estrategias implican tanto a su actividad en el mercado de trabajo, como a la readaptación de sus recursos para emprender estrategias en el ámbito familiar, formativo y migratorio.

Para responder a las necesidades de investigación que plantea esta nueva fase del ciclo migratorio, es preciso repensar las prioridades temáticas, las perspectivas y los niveles de análisis. Durante la llegada masiva de inmigrantes, el foco de atención de la investigación se puso en cómo medir (y controlar) los flujos y en analizar las primeras fases de integración, especialmente en el mercado de trabajo. Sin embargo, en la actualidad, los cambios trazados en los párrafos anteriores exigen considerar indicadores de integración más precisos y que se refieran a niveles de asimilación más exigentes. Además, a tenor de la consolidación de la residencia de la población inmigrante en España, es necesario prestar atención a los procesos que pueden generar dinámicas de desigualdad a largo plazo, especialmente en el ámbito de la salud y la formación, y los que involucran a las segundas generaciones de inmigrantes. De igual modo, conviene tener muy en cuenta la heterogeneidad de la población inmigrante, así como las consecuencias de esta diversidad con respecto a la integración de los inmigrantes, a su percepción por parte de la sociedad y a las políticas de ciudadanía y gestión de la diversidad que les conciernen directamente. En este escenario, los inmigrantes son agentes activos que adaptan sus planes migratorios y organizan sus recursos familiares y de capital humano de la manera que consideran más ventajosa.

Este es el contexto en el que se inscribe este número de PANORAMA SOCIAL sobre lo que

podríamos llamar la “nueva fase migratoria” española, en el que han participado más de una decena de investigadores en ciencias sociales.

Los dos primeros artículos abordan la desigualdad entre inmigrantes y nativos en el ámbito de la salud y el mercado laboral. La primera contribución se dedica al análisis de las desigualdades en salud entre inmigrantes y autóctonos en España, utilizando para ello un indicador que se considera importante desde un punto de vista sanitario: el peso al nacer. **Héctor Cebolla** y **Leire Salazar** (UNED) analizan las diferencias en este indicador entre los hijos de españoles y extranjeros con el propósito de contribuir al debate sobre la vigencia de la “paradoja del inmigrante sano” en España. Este término alude a los mejores resultados de salud de la población inmigrante respecto a la nativa, a pesar de sus peores circunstancias socioeconómicas. Los autores confirman la ventaja de los inmigrantes respecto al menor riesgo de bajo peso al nacer, pero aportan evidencias sobre la mayor incidencia de macrosomía (alto peso), un indicador que se relaciona con la obesidad en la infancia y la edad adulta, y con las consiguientes enfermedades. A partir del examen de los datos recabados en España, Cebolla y Salazar ponen en cuestión la validez general de la paradoja del inmigrante sano.

El segundo artículo, de **Albert F. Arcarons** (Instituto Universitario Europeo, Florencia), presta atención a la actividad de las mujeres inmigrantes en el mercado laboral desde una perspectiva comparada entre España, un país de reciente inmigración, y Reino Unido, un país tradicional de inmigración. Según el autor, puesto que las mujeres inmigrantes pueden sufrir una doble penalización, la de género y la de su estatus migratorio, el análisis debe combinar enfoques de estudios de género y étnicos. A la luz de los resultados del artículo se puede concluir que, en comparación con Reino Unido, la desventaja en la actividad de las inmigrantes extracomunitarias frente a las autóctonas es menos relevante en España. Este patrón se puede explicar parcialmente por una mayor presencia de las motivaciones laborales entre las inmigrantes en España frente a las residentes en Reino Unido. **Joaquín Recaño** (Centro de Estudios Demográficos, Barcelona), analiza la migración interna de la población de origen extranjero en España, poniendo de relieve el papel estructural de los inmigrantes en la demografía española, así como la consolidación de su residencia una vez

terminado el periodo de abundantes llegadas. La movilidad de la población de origen inmigrante es superior a la de la población española, representando el 25 por ciento de los movimientos migratorios internos, y su protagonismo es mayor en los movimientos de media y larga distancia. Del análisis se deducen importantes diferencias en función del origen de los inmigrantes, lo que apunta a una asimilación segmentada de los comportamientos migratorios.

Sobre la importancia de la agencia de los inmigrantes en la puesta en marcha de estrategias migratorias llaman la atención varios artículos. En primer lugar, **María Sánchez-Domínguez** (Universidad Carlos III de Madrid) estudia los matrimonios mixtos. Constituye este un elemento de notable interés para el nuevo escenario migratorio, puesto que, a la vez que representa un indicador muy exigente de integración social, se puede considerar como una estrategia migratoria, bien para posibilitar la migración, bien para facilitar la integración. La autora encuentra evidencias de la existencia de las dos facetas de los matrimonios interétnicos, con desigual protagonismo para distintos grupos de población.

El papel de las estrategias desplegadas por los inmigrantes se desarrolla de una forma más amplia en el trabajo de **Elisa Brey** (Universidad Complutense de Madrid). En su artículo analiza, a través de un estudio cualitativo en la periferia sur de Madrid, las estrategias laborales y administrativas emprendidas por los inmigrantes ante el cambio en el contexto económico y social que supuso la Gran Recesión. La autora explora más concretamente el uso del emprendimiento por parte de los inmigrantes como vía para afrontar la carencia de oportunidades en el mercado laboral.

Por su parte, **Jacobo Muñoz Comet** (UNED) profundiza en el análisis de las estrategias formativas de los inmigrantes adultos. Su estudio revela que estos inmigrantes tienen una menor probabilidad de volver al sistema educativo que los autóctonos, a pesar de que a menudo afrontan problemas significativos de transferencia del capital humano que han adquirido en origen. En todo caso, el retorno a la educación es mayor entre los inmigrantes desempleados. Las barreras en el acceso a la educación reglada, variables en función de la procedencia de los inmigrantes, pueden explicar su mayor propensión a realizar estudios de formación no reglada.

También **María Fernanda Moscoso** (FLACSO España y Universidad Internacional de La Rioja) adopta la perspectiva analítica de los inmigrantes como actores sociales. En concreto, estudia los discursos de los hijos de ecuatorianos que emigraron a España y Alemania, llamando la atención sobre el papel de estos niños en el diseño de los proyectos migratorios, la redefinición de las familias y la posición de sus integrantes.

Para finalizar el número, tres artículos proponen cuestiones relativas a la posición de la sociedad receptora frente al nuevo escenario migratorio. En primer lugar, **M.ª Ángeles Cea d'Ancona** (Universidad Complutense de Madrid) estudia en detalle la percepción de la inmigración por parte de la población autóctona. La autora da cuenta de los avances de la sociedad española hacia una mayor tolerancia y aceptación de la migración, si bien también advierte de un repunte de las actitudes contrarias en el punto más crítico de la crisis, vinculadas a la competencia en el mercado laboral.

Por otro lado, **Claudia Finotelli** (Universidad Complutense de Madrid) pone el acento en las políticas de gestión de la diversidad en España. Desde esta perspectiva, analiza la integración laboral de los inmigrantes en un ámbito laboral concreto, el hospitalario. El análisis cualitativo indica la ausencia de un sistema de gestión de la diversidad. Sin embargo, la autora concluye que, en el sector sanitario, la priorización de los códigos profesionales frente a los culturales facilita la asimilación de los trabajadores inmigrantes, y su integración se percibe más como un problema de asimilación profesional que cultural.

Por último, **Antonio Izquierdo Escribano** (Universidade da Coruña) centra su atención en las implicaciones políticas del nuevo escenario migratorio. Según el autor, las nuevas circunstancias exigen un viraje en las prioridades de las políticas sobre migración, dando preferencia a una política de ciudadanía y de gestión de la diversidad cultural y religiosa, pero también de selección de los flujos en función de las características de edad y capital humano de los inmigrantes. En definitiva, los artículos incluidos en este número destacan la importancia de considerar a los inmigrantes como agentes activos de su integración laboral y social, pero también plantean la necesidad de adaptar las políticas públicas a esta nueva realidad. En este sentido, parece imprescindible concebir a los inmigrantes como una parte

estructural de la población, consolidada en el territorio y la sociedad española. Mejorar el conocimiento sobre la diversidad de la población inmigrante, sobre las dificultades de su integración y las dinámicas que puedan generar desigualdad a largo plazo constituye por ello una necesidad en esta nueva fase de la migración en España.